

El canto de Makapansgat

Un caso de pareidolia

Casi tres millones de años atrás, en alguna quebrada del Valle de Makapansgat, un *Australopithecus Africanus* desciende a las orillas de un arroyo de poca corriente. En un recodo tranquilo, en cuclillas frente a la orilla, esta criatura posa su mirada en aquel espejo de agua y ve cómo entre las ondas de la superficie su propio reflejo se forma y se deforma consistentemente. Displicente ante el fenómeno visual comprende sin ninguna duda que aquel rostro que lo observa desde el agua es imagen de su propia cara. Se mira al espejo, sin más, con cierto automatismo. Por momentos el arroyo se aquieta y su imagen, entonces también quieta, lo mira imperturbada. Es en ese lapso que sus pupilas se dilatan y su mirada logra atravesar el reflejo superficial para examinar el fondo del arroyo en busca de algún alimento. Entre la masa uniforme del pedregullo, sus ojos se detienen maquinalmente al encuentro de una piedra marrón-rojiza de características peculiares. Se trata de un canto más o menos ovalado del tamaño de la palma de su mano. Sin demoras agarra la roca y la extrae del lecho del arroyo. El guijarro que ahora examina en su mano presenta en el centro de su lado frontal dos huecos redondos de similar tamaño, uno contiguo al otro. Por debajo de estos huecos, como subrayándolos, un surco alargado completa un conjunto visual austero pero irrefutable; dos ojos y una boca. Una suerte de síntesis del rostro que momentos antes nuestro sujeto observara en el reflejo de su propio rostro. Tampoco esta vez tiene dudas acerca de lo que hay ante sí. Es simplemente una piedra con unos huecos que parecen dos ojos y una boca. Sin embargo, por precaria que sea, esta percepción no le es indiferente. Es más, le es urgente y cautivante. Aquel objeto carente de cualquier utilidad práctica para su existencia es ahora artífice de una disociación interna que lo obnubila. Es que al observar aquel pedazo de jaspe erosionado no solamente percibe una imagen, sino que ante todo es interpelado por una información incompleta e inverosímil, y aun así tan real como para poner en movimiento una experiencia metafísica: la percepción de un objeto en otro objeto. En aquel fortuito acontecimiento, nuestro insospechado héroe abría una hendidura a través de la cual llegaba a percibir por primera vez su propia existencia, de afuera hacia adentro. Consciente de su propia conciencia. En un acto de valoración estética y simbólica descubría un espejo primitivo en el que el reflejo ya no le devolvía la realidad tangible sino una realidad posible.



*Canto de Makapansgat. (2.5 – 2.9 millones de años).
Makapansgat. Sudáfrica.*